La fascinación por el arte y los museos

Por Verónica Conzuelo

En la abundancia de posibilidades, remembrar el trabajo artesanal de los antiguos me resulta fascinante. El temple o tempera es una técnica con la que he trabajado bastante; es compleja y, actualmente, poco utilizada, de ahí su encanto.

Es la técnica formal más antigua de la que tenemos registro, junto con el encausto. Al inicio, su manejo puede resultar difícil, pero ofrece tres efectos según la cantidad de agua y lo que se desee lograr, si como acuarela (con mucha agua), como *gouache* (más espeso) o como un óleo delgado (con muy poca agua). Los artistas del Renacimiento temprano la hicieron florecer por cerca de doscientos años y, paulatinamente, fue sustituida por el óleo.

Hoy, el arte está inmerso en un sinfín de posturas y planteamientos, por ello es factible recurrir solo al concepto como a la más avanzada tecnología; sin embargo, el temple es una tarea casi monástica que comienza con la preparación del soporte rígido. Debo decir que tuve la fortuna de aprenderla en los talleres sabatinos que impartía el maestro Luis Nishizawa, un gran conocedor de la técnica. Desde aquellos primeros ejercicios, en donde nos ponía a pintar una manzana, experimenté una afinidad natural con la técnica, supe que había encontrado mi lenguaje. Esto me motivó a viajar a Florencia, Italia, donde estudié pintura florentina y veneciana del Renacimiento y tuve la oportunidad de estar frente a obras maestras pintadas al temple por Cimabue, Giotto, Simone Martini, Fra Angélico, Masaccio, Sandro Botticelli, Carlo Crivelli y Miguel Ángel, por mencionar algunos.

Quizá parezca una técnica obsoleta, pero a quienes gustan de la más antigua tradición y cocina pictórica, del trabajo artesanal y paciente de los antiguos maestros, les recomiendo sumergirse en sus bondades:

- Es muy económica, basta comprar un kilo de huevo y un kit de pigmentos que durarán una eternidad, pues se utiliza muy poco de estos.



- No son necesarios los solventes tóxicos como el aguarrás. Se diluye con agua y, luego de una jornada pictórica, los pinceles y platos de peltre se lavan con agua y jabón.
- Los colores de la pintura al temple no cambian a lo largo del tiempo, permanecen intactos, permanecen siempre brillantes, conservan su luminosidad, mientras que el óleo se oscurece, amarillenta y se llega a transparentar con el tiempo.
- Las obras realizadas con esta técnica tienen una duración muy larga, hablamos de siglos si no de milenios, como lo prueban los retratos del Fayum pintados al temple y que datan del siglo I a. C. A diferencia de otras técnicas, como el óleo que, no necesariamente duraría milenios, o bien el acrílico, que apenas se conserva en buen estado unas décadas.
- Y una bondad más, cuando seca el temple se le puede sacar brillo con un trapo suave de algodón y se obtendrá un acabado satinado, un brillo natural bellísimo, como si estuvieran barnizadas con acabado mate.

Por todo ello, es una técnica que me emociona y maravilla. Su principal cualidad está en su preparación, solo se utilizan dos componentes naturales: agua y huevo. La yema es el pegamento, lo que hace que se adhieran los pigmentos a la superficie, y el agua actúa como diluyente. Con esta fórmula tan básica y elemental, se logran efectos naturalistas sorprendentes. Desde





hace poco más de dos décadas pinto exclusivamente con la técnica de temple al huevo. La serie *Témpera* es un homenaje a la técnica *per se*.

La materia es fundamental, más aun en una técnica como el temple. Debo confesar que me divirtió mucho hacer las series *Reversos* y *Esperando al artista*, particularmente esta última, porque es una instalación donde se simula el inicio del proceso pictórico, cuando en realidad ya está concluido. En otras palabras, las obras son pinturas que aparentemente no han sido pintadas; la constitución matérica, en este caso el papel, así como los elementos auxiliares en su ejecución, es decir, la tabla soporte, se convierten en el tema y motivo mismo de la pintura. Busco, entonces, que el espectador se encuentre con una pieza donde aparentemente aún no la hay. Así que, en efecto, como en un aparente abandono, los tres caballetes están a la espera del artista o, mejor dicho, del pintor, quien parece haber dejado todo aquello listo para iniciar su trabajo sobre un papel en blanco pegado a una tabla soporte. Pero, ¿cúal es la sorpresa en este *trompe l'oeil*? Que las pinturas son precisamente esas tablas de triplay manchadas, pero en realidad están pintadas al temple sobre lino.

En cuanto a los temas, me interesa el crudo paisaje urbano, porque es lo que veo a diario, desafortunadamente, en mi país: en este México inacabado, en permanente construcción. Ese paisaje tan desagradable se transfor-









ma en un tema pictórico cuando es trasladado al caballete: los horrendos tinacos, postes, cables de luz por doquier y construcciones grises a medio terminar, dejan de ser lo que son y se convierten en un pretexto, en un festín de composición y color, luego de ser recreados por el pincel, la estética de lo feo es matizada con un desconcertante velo de sutil belleza. Es como un reto para mí, buscar belleza donde no la hay.

También he abordado el sentido del humor. En la serie *Vanitas*, por ejemplo, me dediqué a buscar las más inverosímiles propuestas de arte conceptual para intervenirlas desde una trinchera pictórica; pensaba cómo lograr una composición estética que pudiera resultar interesante, es decir, ¿qué agregarle a una torre de cajas de cartón, o a una cáscara de plátano, o a una lata de cerveza, o una simple hoja de papel hecha bola? No me vino otra cosa a la mente que prendas íntimas femeninas de sutiles encajes. Así surgió esta colección, donde la pintura, con toda su carga tradicional, confronta al llamado arte conceptual.

Otro aspecto que he explorado es el relacionado con la labor museística. Las obras *MOMA Cédula de un Matisse* y *MOMA Cédula de un Van Gogh* son el resultado de querer conciliar a la pintora que soy con el trabajo que he desarrollado al frente de diversos museos, así que me ha tocado jugar de ambos lados de la portería. Estas obras las concibo como retratos de cédulas de pie de objeto, recrean



aquellos aspectos museográficos que no tendrían por qué tener la menor relevancia como tema de pintura y, sin embargo, dada mi cercanía con los aspectos de museografía, me pareció interesante llevarlos al caballete.

Respecto a la contemplación estética en los museos, considero fundamental una previa preparación y un genuino interés en el tema. Para el caso de las visitas de alumnos, lo ideal es que los chicos llegaran ya con una retroalimentación, por parte de los docentes, sobre lo que van a ver. Es probable que uno o algunos de esos estudiantes experimenten un primer golpe estético con alguna obra, esa es la apuesta.

Otro hecho que está ocurriendo en los museos, y que es inevitable mencionar, son los ataques a ciertas piezas por parte de los activistas ecologistas. Por fortuna, ninguna de las pinturas agredidas ha sufrido daños. Han elegido obras protegidas con cristal, como *Los Girasoles* de Van Gogh, *La joven del arete de perla de* Veermer, *Los almiares* de Monet y *La Gioconda* de Da Vinci, por lo que, en realidad, no ha habido una seria intención de dañar las obras de arte. Como quiera que sea, estos jóvenes se han ganado el rechazo generalizado del público. Yo estoy con aquellos que dicen: "Apoyo tu causa, pero no me gustan tus métodos".



Verónica Conzuelo es artista plástica y maestra en Artes Visuales por la Antigua Academia de San Carlos. Su trabajo pictórico ha sido seleccionado en las bienales de pintura más importantes del país, ha obtenido diversos premios y reconocimientos, y forma parte de las colecciones de varios museos estatales y nacionales. A la par, ha sido directora de los museos mexiquenses de la Estampa, José Ma. Velasco, de Arte Moderno, y actualmente es directora del Museo Galería Arte Mexiquense Torres Bicentenario.